



Memorias. Revista Digital de Historia y  
Arqueología desde el Caribe

E-ISSN: 1794-8886

memorias@uninorte.edu.co

Universidad del Norte

Colombia

Cardozo Galué, Germán

Una mirada femenina al Caribe del siglo XIX. Epistolario de Elizabeth Gross  
Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe, núm. 10, julio, 2009,  
pp. 125-156

Universidad del Norte  
Barranquilla, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=85511597005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## **Una mirada femenina al Caribe del siglo XIX. Epistolario de Elizabeth Gross**

**Germán Cardozo Galué \***

### **Resumen**

Este artículo analiza el libro de Elizabeth Gross publicado en 1921 y que describe pormenores de su estancia en Maracaibo y sus alrededores entre 1883 y 1896. A través de los relatos de la alemana el autor se acerca a la vida cotidiana y las representaciones sociales en una ciudad puerto del Caribe. Se hace especial énfasis en la adaptación a las novedades del clima, alimentación, enfermedades, relaciones con la población autóctona y proceso de criollización. Así mismo se resalta la contribución de los alemanes en la consolidación de la base originaria de la actual sociedad criolla en el occidente de Venezuela.

### **Palabras clave**

Cartas, caribe, viaje, enfermedades, comida, clima.

### **Abstract**

The stay of the writer Elizabeth Gross in Maracaibo during 1883 and 1896 and her book published in 1921 describing the experiences and details of that long journey of the German visitor are the theme of this article. Through the narrative of the German immigrant the author zooms in on the everyday lives and the social milieu of this Caribbean port. It stresses in the adaptation that the tropical weather requires, foods, diseases, relations with the indigenous population and the process of creollization. Furthermore it highlights the contributions of the German immigrants and visitors at the foundations of the Creole culture in western Venezuela.

---

\* Doctor en Historia (El Colegio de México). Profesor Titular de la Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela. Investigador del Centro de Estudios Históricos de la Universidad del Zulia. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia.

**Key Words**

Correspondence, Caribbean Sea, Travel, diseases, food, weather.

Pocas veces el lector tiene la oportunidad de toparse con un testimonio histórico que con tanta precisión y frescura reconstruya el día a día de una familia que llevada por la diáspora del creciente capitalismo europeo abandona la patria alemana para instalarse en Maracaibo, emporio de la actividad comercial en el Caribe venezolano del siglo XIX.

Tal es el caso del libro *Vida alemana en la lejanía* escrito por Elizabeth Gross y al cual subtitulara *Una sencilla narración sobre la vida de familias alemanas en Maracaibo y sus alrededores, entre los años 1883 y 1896*. Elizabeth Gross publica esta obra en Stuttgart en 1921. La dedica a su esposo Rodolfo Gross, ex gerente de la Casa Blohm, con motivo de su septuagésimo cumpleaños. Veinticinco años habían transcurrido desde el regreso de la familia Gross a tierras alemanas, sin embargo el grato impacto de aquella vivencia se conserva intacto en su memoria. Comenta la autora en el epílogo del libro:

Utilizando viejas anotaciones finalmente me he atrevido a dibujar el cuadro de nuestra vida de aquel entonces, hasta donde todavía lo tenía presente en mi interioridad. Me resultó especialmente atractivo hacerlo por medio de cartas a mi amiga de la juventud Constanza. Ahora se ha convertido en esta breve obra, cuyo contenido está dedicado, en primer lugar a mi querido esposo, en ocasión de su cumpleaños y, en segundo lugar ha de servir a él y a nuestros hijos queridos como recuerdo de aquel bello tiempo que pudimos compartir en un país lejano<sup>1</sup>

A medida que se avanza en la lectura de las cartas, fechadas desde el 20 de julio de 1883 hasta el 15 de julio de 1896, el lector se introduce en la intimidad de un diario personal del que no escapan ni la narración del estilo de vida alemán en el Caribe maracaibero ni los detalles más minuciosos de la cotidianidad ni las más secretas

---

<sup>1</sup> Elizabeth Gross, *Vida alemana en la lejanía. Una sencilla narración sobre la vida de familias alemanas en Maracaibo y sus alrededores, entre los años 1883 y 1896*. Caracas, Tipografía Cervantes-Argráfica, 1989, 205 p.

confesiones de la joven recién casada que debe enfrentar un mundo diferente a aquel de donde procede.

La obra de Elizabeth Gross en su reedición venezolana de 1989, suma a su encanto el ir acompañada por un álbum fotográfico que bajo el título de “Un domingo en el hato de la familia Gross. LA RANCHERÍA. Maracaibo, abril 1893” presenta diversos aspectos de la estancia de la familia Gross a las orillas del Lago de Maracaibo y de sus actividades recreativas; son doce fotos, a las cuales los editores han agregado una docena más que dan cuenta de los residentes alemanes de la ciudad y escenas de su cotidianidad<sup>2</sup>

La lectura de estas polifacéticas y exquisitas memorias invita a abordar múltiples temas de la realidad caribeña a fines del siglo XIX. Difícil reto para quien escribe estas líneas establecer un esquema narrativo sobre un texto cuyo origen se basó en la vivencia diaria de dos culturas disímiles. En ese intercambio no hubo en ningún momento un guión preestablecido. La convivencia marcó el ritmo del acercamiento y del distanciamiento, de la descripción, rechazo o aceptación de nuevas costumbres y modos de vida.

En consecuencia prefiero seguir a la propia autora en su peregrinar por las caribeñas riberas del puerto de Maracaibo desde el momento de su llegada en 1883 hasta su definitivo retorno a la patria alemana en 1896. Insistiré en los difíciles momentos iniciales de adaptación a las novedades del clima, alimentación, enfermedades, relaciones con la población autóctona y proceso de criollización. Etapa asumida con tal espontaneidad que a lo largo de los años Elizabeth Gross se fue convirtiendo en una maracaibera más. De su vivienda provisional en los altos de la estricta casa alemana Blohm y Cía., a las orillas del puerto de Maracaibo, se lanzará luego a fabricar su propia

---

<sup>2</sup> La obra de Gross y el álbum fotográfico llegaron hacia la década de los setenta del pasado siglo a manos del acucioso coleccionista de ascendencia alemana Kurt Nagel von Jess quien preparó la reedición del libro a doble columna en su versión original en alemán y traducción al castellano. Suman doscientas cinco páginas más un estudio preliminar del historiador Rolf Walter sobre la importancia económica de la presencia alemana en Maracaibo y notas relativas al marco histórico de la época.

casa de estilo caribeño a las riberas del lago, rodeada por huertos y corrales que ella misma cultivará y atenderá.

En este artículo presto especial atención al análisis de los modos de vida y representaciones sociales vigentes en la ciudad-puerto de Maracaibo para el último tercio del siglo XIX, y cómo estos años de plena presencia del poder económico y social alemán contribuyeron a consolidar la base originaria de la actual sociedad criolla en el occidente de Venezuela.<sup>3</sup>

Las décadas de migración alemana hacia las costas venezolanas en la segunda mitad del siglo XIX, compuesta mayormente por comerciantes y hombres de negocio, deben inscribirse en la diáspora que se originó también, aunque en menor grado hacia Norteamérica, sur del Brasil, Montevideo, Argentina y Chile, entre otros. Formó parte de una de las primeras dispersiones del capitalismo moderno realizadas por un grupo étnico que abandonando su lugar de origen se interesó básicamente en el transporte transoceánico de productos agropecuarios para su comercialización en Norteamérica, Inglaterra y Alemania. Su llegada a las costas suramericanas dio origen a cambios en los modos de vida y representaciones sociales tanto del elemento alemán transmigrado como en las sociedades en las cuales se residió.

Para los propósitos de este análisis entiéndase la categoría modos de vida como “las características que adopta la actividad humana para que se dé la transformación de los sistemas, los ritmos de la estructuración social, las maneras como las nuevas organizaciones desplazan a las viejas... las manifestaciones de las praxis particulares de una formación social constituyendo los elementos que dinamizan su dialéctica”; en pocas palabras, los modos de vida expresan el quehacer humano dentro de una sociedad.

---

<sup>3</sup> Desde la cuarta década del siglo XIX una avalancha creciente de hombres de negocio alemanes habían tomado el control del circuito agroexportador del occidente de Venezuela. Cfr. Germán Cardozo Galué, “Los negocios alemanes y la consolidación del circuito agroexportador marabino (1870-1900)”. En: *Historia zuliana. Economía, política y vida intelectual en el siglo XIX*. Maracaibo, Universidad del Zulia, 1998, p. 159-182

<sup>4</sup> El concepto de representaciones sociales, por el contrario no proviene de las ciencias históricas, deriva de la Psicología Social y se las considera esquemas de conocimiento compartidos acerca de objetos sociales; constituyen elaboraciones del sentido común, de la experiencia cotidiana que orientan la conducta de las personas en un grupo social. Constituyen un producto cognoscitivo de los modos de vida.

### **El encuentro con el caribe**

Un caluroso mediodía del mes de julio de 1883 arribaba la joven Elizabeth Gross a la bahía del puerto de Maracaibo en compañía de su esposo Rodolfo Gross, alto empleado de la casa Blohm y Cía. Más de mes y medio había durado el viaje que había llevado a los recién casados desde Hamburgo por Nueva York y Curazao a su destino final.

Desde aquellos momentos la sagaz mirada de Elizabeth tomó nota del brusco cambio que había operado en su pacífica y acomodada vida en Alemania el encuentro con el ignoto y lleno de sorpresas Caribe:

En la travesía de Nueva York a Curazao... se empezó a dejar sentir también la humedad del trópico, ya que todo lo que uno tocaba en el barco estaba pegajoso y salobre, hasta las mismas personas. Cuando pasaba la lengua sobre mis labios los sentía muy salados. Uno tenía que vestirse cada vez más livianamente, de acuerdo con el aumento de la temperatura... después de diez tormentosos días llegamos finalmente a la isla holandesa de Curazao... El cónsul alemán de la isla... nos albergó en su casa por una noche, de modo que yo pudiera dormir de nuevo tranquilamente en una verdadera cama... Había dormido aproximadamente una media hora cuando desperté a causa de un horrible dolor en el dedo medio de mi mano izquierda. Mientras dormía yo había dejado esa mano colgando fuera de la cama y entonces un monstruo negro me mordió en la punta del dedo. Era una cucaracha, como le dicen, un escarabajo como de dos pulgadas de largo <sup>5</sup>

Una “cucaracha” fue el primer contacto de Elizabeth Gross con el Caribe. La despertó de las ensoñaciones y recuerdos europeos a una nueva realidad; de allí en adelante todo

---

<sup>4</sup> Iraida Vargas Arenas, *Arqueología, Ciencia y Sociedad*. Caracas, Editorial Abre Brecha, 1990, p. 63-64

<sup>5</sup> Elizabeth Gross, *Vida alemana en la lejanía...*, p. 34-35

sería novedad. Para ella, proveniente de un definido y avanzado modo de vida sajón no sería fácil adaptarse.



Bahía y puerto de Maracaibo (fines del siglo XIX)

Cuando el barco ancló en el centro de la bahía de Maracaibo la esperaba una nueva sorpresa: sintió que regresaba de nuevo a su patria de origen. Allí estaban los residentes alemanes que le ofrecían la bienvenida al más puro estilo germánico. Así describe estos momentos en carta a su amiga Constanza:

¡Detengan los remos! ¡Arriba los remos! ¡Hip, hip, hurra! El remero alemán “Concordia” perteneciente al Club Alemán de Remos de Maracaibo... atracó al lado de nuestro barco. Toda la juventud alemana, no sólo los dieciséis remeros, sino también todos los demás caballeros alemanes, vinieron en sus propios botes hasta el barco a saludarnos... Fuimos entonces a tierra en el bote de remos. No te puedo describir con qué sentimientos pisé esta tierra. Tengo la impresión de haber actuado tontamente. Desafortunadamente nos educaron unilateral y modestamente, como para saber comportarnos correctamente en los grandes momentos de la vida. Seguramente les habrá parecido aquí no una garbosa

muchacha de Hamburgo, sino una tonta campesina... Cientos de ojos me miraban cuando puse el pie sobre tierra venezolana del brazo del señor Lüdert. Él me condujo entre una masa de gente de color que, en doble fila, llegaba hasta la casa comercial de Blohm y Cía., en cuyo primer piso estaba nuestro apartamento <sup>6</sup>



Club alemán de Remos de Maracaibo

**La gente de color.** Bajo esta denominación Elizabeth Gross se refiere a la población negra, indígena y mayoría mestiza que hoy llamaríamos trigueños. A medida que transcurre su relato es más precisa en su designación. Por las páginas que le dedica en su obra a este amplio sector, casi mayoritario, de los moradores maracaiberos, aquellos se constituyeron en centro especial de su atención y examen: los contempla, describe y estudia en sus hábitos, prácticas sociales y modos de vida. Poco a poco irá pasando del asombro y aún del rechazo a su inclusión dentro de la dialéctica cotidiana de la criollización que experimentará a lo largo de los años. Relata Elizabeth Gross sobre el día de su llegada:

---

<sup>6</sup> *Idem*, p. 37 y 43



Naturalmente había muchas cosas nuevas para mí que me sorprendían. Primero vino una persona mayor, de aspecto bonachón, con los pies prácticamente descalzos... frotándose las manos y chasqueando la lengua, con un gesto que debería denotar alegría. Tenía la cara de color amarillo limón y dos gruesas trenzas negras, impregnadas de grasa alrededor de su cabeza, una falda de algodón y una blusa suelta, hecha de un viejo saco de café, amarrada con una cuerda a la cintura, lo cual debería tal vez darme la impresión de un delantal. Me fue presentada como la cocinera Bartola... Detrás de ella apareció su hija Adela, un poquito más obscura que su madre, de unos 17 años de edad aproximadamente, gorda, hinchada, con aspecto de tonta y floja y los mismos cabellos como su mamá, pero con las trenzas colgando... Esta persona, quien desde un principio no me fue simpática, debía ser mi camarera. Desde el otro lado me miraban dos ojos muy abiertos y leales que me simpatizaron de inmediato. Pertenecían a un muchachito obscuro, el peón de la casa, un adolescente de unos 15 o 16 años. Se llama Uncas y es un verdadero indio que fue comprado por unos 100 táleros <sup>7</sup>... Dios mío cómo hacerme entender de esa sociedad cuyo idioma español yo no domino por el momento y saber si esta señora -como me llaman- les es simpática? <sup>8</sup>

**La barrera del idioma.** Conforme se avanza en la lectura de las cartas de Elizabeth Gross dificultades como las enunciadas -los tropiezos racial e idiomático- revelan uno de los tantos momentos de encuentro y adaptación entre dos modos de vida tan distintos; constituyen parte del precio que debe pagar la diáspora alemana residenciada en Maracaibo para garantizar el financiamiento y extracción del café y de otros rubros del campo que alimentarán los capitales de las firmas comerciales establecidas principalmente en Hamburgo y Bremen.

La casa que será la residencia de Elizabeth Gross por varios años es un enorme edificio de dos pisos situado a las orillas del puerto. En la parte inferior están las oficinas y almacenes de la Casa Blohm y Cía. La parte superior está destinada a la sala, comedor y dormitorios del gerente, su esposo Rodolfo Gross, y de los empleados principales. Al describir las características de su nueva residencia comenta:

El primer salón grande es el área de recepción. Allí había gran cantidad de ramos de flores, jardineras de plata y floreros de cristal con las más bellas rosas,

---

<sup>7</sup> Antigua moneda alemana de plata

<sup>8</sup> Elizabeth Gross, *Vida alemana en la Lejanía...*, p. 45

con tarjetas de visita fijadas a las mismas. Cuando pregunté admirada quien nos había enviado tantos bonitos regalos de matrimonio, la señora de Lüdert me señaló que las tarjetas estaban solamente fijadas a las flores y no a los floreros, de manera que eso significaba que solamente habían sido enviadas éstas como obsequio y había que devolver, por lo tanto, los envases a sus respectivos propietario. Extraña costumbre ¿no es verdad?... ¿Qué otras cosas asombrosas me quedarían aún por ver?<sup>9</sup>



Las tareas de Elizabeth serían las de ama de casa de un inmenso hospedaje donde diariamente se sentaban a la mesa ocho personas, más cinco de la servidumbre:

Administro mi hogar de modo que, por la noche, llego a la cocina y le doy el dinero de la compra a la cocinera. Ella me dirige una mirada inquisitiva y me dice algo que, por supuesto, yo no entiendo. Yo le contesto tranquilamente que sí, lo cual significa “ja”. Al día siguiente, a las 5 de la mañana se va para el

<sup>9</sup> *Idem*, p. 47

mercado y compra las cosas más increíbles. Entonces, cuando llega, insiste en que yo había ordenado eso, porque le respondí “sí” a su pregunta. Hace poco estaba bajo la mesa de la cocina una cosa verde, como de metro y medio de largo. Parecía el tronco grueso de un rosal. Finalmente se descubrió que era la cola de una iguana viva, que la buena hada de la cocina sabía convertir en excelente y sabroso ragú de pollo <sup>10</sup>

Con el pasar de los días y las atenciones de los compatriotas alemanes Elizabeth Gross va acostumbrándose al lento y caluroso ritmo de la vida maracaibera. Sin embargo confiesa a su amiga de Hamburgo: “Dentro de la monotonía del lugar, donde se carece de incentivos para actividades de tipo espiritual y solamente se vive para ganar dinero, resulta de incalculable valor quien tiene otros intereses, lee buenos libros y sabe comentarlos”. <sup>11</sup> Pero lo que más la afecta es el desconocimiento del castellano:

No puedes figurarte cómo uno se siente cuando no entiende ni una palabra de una conversación o si alguien te pregunta algo que no entiendes y no sabes contestar. Últimamente, hasta mi buen esposo perdió la paciencia, cuando recibimos visitantes locales. Después me dijo: “aunque no digas nada, al menos no pongas una cara tan tonta”, lo cual no fue muy amable de su parte ¿Habrá puesto él una cara inteligente durante los tres primeros meses después de su llegada al país? <sup>12</sup>

A mediados de julio de 1884, Elizabeth recibe noticias desde Hamburgo del matrimonio de su amiga Constanza. Con su esposo, le comenta, al igual que lo había hecho ella un año atrás se traslada también a Suramérica, pero en una diáspora más lejana: Valparaíso. Hasta ese momento el cruce de cartas con su confidente se hacía cada tres meses, ahora el distanciamiento entre ellas se prolongará por seis meses o más. En carta a Constanza, de principios del año de 1885, le confiesa:

Queridísima amiga. Con el pensamiento te hemos acompañado a todas partes, a la iglesia, al altar, en tu viaje de luna de miel y finalmente, en tu larga travesía por mar ¡Lo que es el destino, que tú misma tengas que pasar por lo mismo que te había contado! Me interesa conocer algún día tus impresiones y sentimientos. Ahora ya tú has llegado a Valparaíso y te habrás acostumbrado ¿Cuándo nos

---

<sup>10</sup> *Idem*, p. 56-57

<sup>11</sup> *Idem*, p. 62

<sup>12</sup> *Idem*, p. 65

volveremos a ver? ¿Cuánto no habremos visto entonces ambas? ¿Cuál de las dos hablará mejor el castellano? Al menos tú tienes la suerte de ir a vivir entre gente culta, mientras yo estoy en un pueblo incivilizado, donde hay quienes caminan mostrando en parte sus cuerpos desnudos, como si estuvieran en el paraíso terrenal. Los varones menores de 12 años no llevan nada puesto, a lo sumo una corbata o tal vez un viejo sombrero de copa en la cabeza. Al principio me parecía algo indecente, pero alguien quien vio mi consternación me dijo: “Pero ellos son negros”. Y la verdad que si tuvieran el cuerpo blanco, yo creo que se lo tapanían. Pero el ser humano tiene aquí que acostumbrarse a tantas cosas y, por lo tanto, también a eso <sup>13</sup>

Después de dos años de residencia en el caribe maracaibero, luchan aún en el interior de Elizabeth Gross sus representaciones sociales europeas con las nuevas donde transcurre su cotidianidad. Lo que critica es tan sólo una parte de la ciudad donde reside, la que ella de una forma general denomina “un pueblo incivilizado”. Maracaibo para el último tercio del siglo XIX alberga una población donde priva, desde décadas atrás, una intensa vida intelectual que se ha manifestado a través del aumento creciente de instituciones educativas como el Colegio Nacional, convertido en el Colegio Federal de Varones y luego en la Universidad del Zulia.

Justamente en las fechas de su llegada había sido inaugurado el neoclásico Teatro Baralt a donde, narra Elizabeth Gross, asiste en compañía de su esposo a representaciones de óperas, comedias y otros géneros teatrales. Durante los años de su permanencia en Maracaibo se produce el período cultural más activo en cuanto a publicación y difusión de ensayos políticos y literarios, poesía y casi todos los géneros literarios; en la década de 1880 a 1890 se imprimen en las diversas imprentas de la ciudad más de ciento ochenta libros, y circulan seis diarios en una ciudad que no cuenta con más de cuarenta mil habitantes. <sup>14</sup>

¿De dónde esta contradicción aparente entre la afirmación tajante de la autora cuando califica a Maracaibo de “pueblo incivilizado” al compararlo con la gente “culto de

---

<sup>13</sup> *Idem*, p. 78 - 79

<sup>14</sup> Germán Cardozo Galué, “La Universidad del Zulia. Génesis del quehacer intelectual en Maracaibo”. En: *Cátedra libre Historia de la Universidad del Zulia*. Banesco, Caracas, 2006, p. 44-45

Valparaíso” y el conocimiento histórico que se tiene hoy sobre el indiscutible movimiento intelectual de la ciudad?

En primer lugar, refleja su actitud la escasa comunicación con el conjunto de la sociedad maracaibera, quizás en buena medida por sus obligaciones como ama de casa de la firma alemana Blohm, pero también por su incipiente dominio del castellano que la mantiene alejada de la actividad cultural en Maracaibo. El mundo de su cotidianidad lo constituyen las relaciones con la servidumbre.

A ello debemos agregar que su círculo social básico estaba conformado por el resto de los emigrantes alemanes con quienes compartía las mismas apreciaciones que ella plasmó en cuanto al bajo nivel de la sociedad caribeña maracaibera. Juntos reforzaban sus representaciones sociales de origen que se imponían sobre la realidad observada y orientaba la conducta que como personas pertenecientes a otro grupo social practicaban en la aprehensión cognoscitiva de modos de vida generados por las praxis particulares de aquella formación social con la cual se relacionaban en forma dialéctica.

La presencia en Maracaibo de comportamientos sociales que desdecían de un imaginario colectivo que en la década de 1880 impulsaba la construcción de una ciudad ilustrada y progresista, fue también lamentada y descrita por uno de sus intelectuales nativos más brillantes. El periodista y escritor José María Rivas anotaba en su ensayo *Costumbres zulianas*, publicado en el mismo año de la llegada de Elizabeth Gross a Maracaibo, 1883:

Pasemos ahora por la pena de hablar de los *chochos*. Basta conocer el nombre para formar una lúgubre idea de lo que será el baile pantomímico que lo lleva. También se dice *chimbángueles*. ¿Cuál de las dos denominaciones será menos repugnante?

Es probable que los *chochos* no sea sino la imitación de algún baile usual en las salvajes tribus de África con cuyos individuos ingresó a las colonias españolas... Figúrese el lector que no haya presenciado el espectáculo, un grupo de seres humanos cuya desnudez está apenas cubierta en el sexo masculino por una faja (taparrabo) ceñida a la cintura y que llega a las rodillas, y por sobre la cual

cuelgan por adorno cogollos de jipijapa, majaguas o cosa por el estilo, completando el traje una coraza de plumas u hojarasca en la cabeza. Figúrese esta comparsa ejecutando ante la imagen de San Benito los movimientos más groseros, las contorsiones más grotescas y extravagantes; y al mismo tiempo aullando, que no cantando... al son monótono de unos cuantos *tambores* <sup>15</sup>

En cambio, para Elizabeth Gross resultó toda una sorpresa descubrir al mundo indígena de los guajiros, tan cercanos a Maracaibo y tan incorporados al quehacer del puerto y de la ciudad; más allá de la curiosidad sus cartas revelan un especial atractivo quizás porque aún en el imaginario europeo América se la relaciona con su población originaria. Con motivo de la inesperada visita a la Casa Blohm de un alemán que había abandonado su oficio de empleado en una de las firmas de Maracaibo para irse a vivir con los guajiros, se explaya en describir esta circunstancia que se cita “in extenso” por la importancia y singularidad de la información que aporta.

... Cerca del puerto de San Carlos se ve primero un pueblo de indios construido sobre palos clavados en el agua. Son verdaderos palafitos que constituyen su avanzada o puesto de guardia. Detrás está su territorio. Solamente hablan su idioma indígena, tienen su cacique y son sumamente desconfiados de los forasteros. Es muy difícil penetrar hasta ellos. Algunos, sin embargo, han aprendido español y se dedican al intercambio de objetos... A menudo también un padre trae a su hijo o a su hija y los vende. En algunas oportunidades se suceden escenas patéticas en la ribera, porque un niño no quiere ser vendido. El padre o el cacique se muestra firme, sin embargo, y le deja allí. En todo caso, un muchacho indio tiene un valor de 100 táleros, pero también es clasificado según su piel. La más lisa obtiene mayor precio.

Estos niños son entregados entonces para su enseñanza a las familias locales y pasan a su servicio. Aquí no hay personal de servicio como el nuestro. Esos indios no pueden salir corriendo e irse, ya que a pesar de que está prohibido el tráfico de esclavos, ellos son propiedad privada. Entonces el niño es inscrito bajo el nombre de la casa y tiene que ser bautizado por un cura, de modo que no sea ya más un pagano. Cuando alcanza la edad de 17 o 18 años, se le concede la libertad <sup>16</sup>

---

<sup>15</sup> José María Rivas, *Costumbres zulianas*. Impreso en los Talleres Gráficos LUZ, Maracaibo, 1962. Tercera edición corregida

<sup>16</sup> Elizabeth Gross, *Vida alemana en la lejanía...*, p. 81-82

Una realidad más a vencer para adaptarse Elizabeth Gross al caribe maracaibero fue la amenaza permanente de la fiebre amarilla. Recién llegada comentaba con justificado horror:

La fiebre amarilla es por cierto el espanto de mi vida local. No debo exponerme al sol, ni a la luna, ni permitir que la lluvia me moje, ni lo que es peor, tomar un baño por el calor, ni comer frutas, lo cual no me hace falta pues no me gustan... Imagínate, aquí ni siquiera puedo llevar ropa de duelo, pues por el calor sería insalubre. ¡Podría contraer la fiebre! Siempre está presente este tonto fantasma. Ojalá pudiera dejarlo atrás <sup>17</sup>

Al temor de las enfermedades tropicales se unía el pánico a plagas hasta entonces desconocidas por Elizabeth. Además de los que denomina “mosquitos” que de tiempo en tiempo llegan como nubes sobre el lago, describe de manera vívida cómo se apoderó de la ciudad una plaga de langostas:

Hace poco quería ir de compras por la tarde con la señora Lüdert, y su esposo nos dijo que no demorásemos mucho, pues se veía muy oscuro sobre el lago, como si amenazara lluvia, a pesar de que todavía no estamos en época de lluvias. Nosotras habíamos entrado en dos tiendas cuando, de repente, se hizo de noche y no se podía ver nada. Nubes de langostas obscurecían la luz del día. Venían con tanta densidad que teníamos que defendernos con nuestras sombrillas para avanzar. Era algo asqueroso cómo esos espantosos animalitos pegaban contra nuestras caras. Ellos acaban absolutamente con todo. Después de una media hora las lindas matas de coco habían quedado como escobas... A pesar de que habíamos cerrado todos los postigos de las ventanas, dos hombres tuvieron que dedicar tres horas a matar los animales que habían entrado en nuestra casa. Se metieron en todas partes: en los escaparates, en los respaldares de las sillas y hasta en los más mínimos sitios <sup>18</sup>

En parte para olvidar estos demonios naturales que la asediaban, Elizabeth se trasladó con su familia a Curazao para hacer bautizar al primogénito por un pastor protestante. Después de una travesía azarosa por el siempre tormentoso Golfo de Venezuela, narra la experiencia de pasar unas semanas en la isla caribeña:

---

<sup>17</sup> *Idem.*, p. 52 y 54

<sup>18</sup> *Idem.*, p. 119-120

En Curazao era maravilloso... Cada mañana, la señora Lüdert y yo nos bañamos en la playa de los soldados, afuera en el mar. Esta playa está formada por una gran muralla de piedra sobre la cual pasan constantemente las olas. No se puede nadar hacia fuera... Acostumbrados como estamos a que en el Sur haya calor y suciedad, cuando nos acercamos por barco a Curazao la isla lucía como una limpia casita de juguetes, puesta allí por los holandeses... Cuán grande fue mi alegría cuando, de repente, encontré en una tienda los auténticos pilones de azúcar de la fábrica de mi padre. A pesar de que Rodolfo me había prohibido estrictamente comprar cualquier cosa, para llevarla de contrabando a Maracaibo, me compré dos pilones. Me los llevé al hotel y los envolví en mi frazada de viaje...<sup>19</sup>

### **Vivir en el Caribe**

Paulatinamente, Elizabeth Gross en su correspondencia abandona los reproches y la sorpresa y se incorpora a las rutinas diarias. Sus relaciones con el personal de servicio y con el entorno mejoran por el dominio progresivo del castellano. Parte de su tiempo lo dedica a esposo, hijos y empleados de la Casa Blohm para quienes funge como ama de llaves y a quienes atiende diariamente en su manutención.

No deja de escribir a su amiga Constanza e informarle sobre muchos detalles de la cotidianidad. Estos relatos constituyen un rico acervo para conocer sobre la vida diaria, costumbres y muchos otros aspectos del modo de vida caribeño que la rodeaba y con el cual se identificaba cada vez más. Relata:

Todos los días me traen dos lomos completos a la casa. Es cuestión del ama de casa saber prepararlos cada vez en forma diferente. La vieja cocinera Bartola está todavía con nosotros y es mucho lo que he aprendido de ella... Me sucedió algo cómico con ella. Rodolfo consiguió que me mandaran de Europa una cocina de mayólica muy bonita, pues aquí se cocina sobre lo que llaman anafe. Este es una especie de parrilla de hierro, con carbón vegetal, que la cocinera tiene que abanicar constantemente para mantener vivo el fuego. Cuando vino la cocinera y una vez instalada, tuvo lugar este diálogo.

- Señora, yo me voy.
- ¿Por qué?
- Yo no voy a cocinar sobre esa cosa de brujos.

---

<sup>19</sup> *Idem.*, p. 77-78



- Bueno, yo no la puedo obligar a quedarse, pero, sin embargo, le pido a Ud. que permanezca esta noche y vea como yo cocino sobre ella. Cociné entonces mi filete en el horno y tosté café, para demostrarle que se soportaba mucho menos calor...<sup>20</sup>

De este modo logró cocinar con mayor comodidad y limpieza “dos lomos completos diarios”. Sin embargo, jóvenes empleados de la casa Blohm se quejaban en carta a familiares de Hamburgo, sede principal de la firma, de comer poco. Este incidente ocasiona que la sentida ama de casa nos proporcione uno de los poco y conocidos menús de la alimentación diaria en el Caribe decimonónico:

... Debo explicarte entonces rápidamente lo que comemos cada día: para el primer desayuno de la mañana siempre servimos café con leche y azúcar, pan, mantequilla, queso y frutas, tanto como quieran... A las 11 de la mañana hay sancocho, el plato nacional, que es una sopa de carne hervida, con toda clase de carne, jojotos y todas las verduras de aquí, como yuca, auyama y como se llamen todas ellas. Si no, entonces hay pescado con mantequilla y papas. El primero es aquí maravilloso. También se sirven beafsteaks con arroz, puré de papas o alguna otra verdura, un plato de huevos con plátanos fritos y mantequilla, queso y frutas. Con todo esto realmente cada cual debería sentirse satisfecho, ya que todo es muy abundante<sup>21</sup>

Pero por encima de estas preocupaciones, los hijos pequeños constituyen un desvelo constante por la amenaza de las enfermedades tropicales. No han escapado de padecimientos como la tos ferina y el tífus. De hecho, uno de estos procesos quitó la vida a uno de ellos. No habían faltado los casos de vómito negro entre la población alemana. De ahí que con frecuencia lleve a los niños los fines de semana hacia el sector denominado Los Haticos al sur de la ciudad. Día a día crece en ella la esperanza de poder pronto mudarse hacia esa zona ya urbanizada por algunos alemanes pudientes que disfruta de un clima más fresco por estar a orillas de una playa que recibe, después de atravesar las masas de agua del Golfo y del Lago, las brisas refrescantes de los vientos alisios que vienen del noreste.

Esta preocupación por la salud de los hijos lleva a la familia Gross a realizar un viaje hacia lo que denominan en la época “el interior” de la región occidental del Lago de

---

<sup>20</sup> *Idem.*, p.93

<sup>21</sup> *Idem.*, p. 92-93

Maracaibo, la cordillera de los Andes, con poblaciones de clima más benigno y en ocasiones frío.

Los Andes próximos constituían desde aquella época parte de la vida caribeña de la región. Los poblados fríos del estado Trujillo, además de fuente del café que se comerciaba por el puerto de La Ceiba, se había convertido desde entonces en refugio predilecto de la población maracaibera para temperar durante los meses más calurosos de mayo a septiembre. En estas fechas viaja la familia Gross por tres largos meses que le permiten a Elizabeth contrastar la “agitada vida” de la ciudad puerto de Maracaibo que va dejando atrás con la sobria y serena vida campestre del Caribe profundo. El impacto que tuvo este viaje en la autora se ve reflejado en las diecisiete páginas que le dedica en su libro epistolario.

Luego de cruzar el Lago durante la noche amanecieron en las orillas selváticas de La Ceiba. Desde la borda del barco contemplaron la majestuosidad de las cumbres nevadas andinas.



“Llanura zuliana con la cordillera al fondo” (Cristian Anton Göering)

Allí subieron al recién construido ferrocarril que los transportó hasta un poblado donde los esperaba una recua de mulas para seguir viaje. Relata Elizabeth Gross, no sin el asombro de una culta naturista:

A continuación nos internamos en la selva, a la cual yo veía por primera vez en mi vida. Era casi impenetrable, ya que los árboles estaban muy cerca unos de otros, cubiertos por lianas, plantas parásitas y otras que pintorescamente colgaban de ellos. La vegetación por debajo de los árboles consistían en palmeras y otras magníficas plantas tropicales, entre las cuales se deslizaban culebras, lagartos y, quizás también hacia lo más intrincado, monos y tigres... Seguimos el camino interminable a través de ese oscuro bosque, desde donde apenas se divisaba el cielo <sup>22</sup>

La llegada al pueblo de Betijoque la describe Elizabeth, con la delectación de quien siente de nuevo el disfrute de un clima familiar:

... es solamente una larga calle asfaltada, que trepa por la ladera de una montaña. A derecha e izquierda hay grandes extensiones verdes, junto a pequeños riachuelos que, a veces, tienen pozos profundos donde uno se puede bañar. Se sienta uno en uno de esos huecos y deja que el agua le caiga a chorros desde una piedra de arriba. Allí sí es verdad que nosotros, recién llegados del calor maracaibero, tiritábamos y nos estremecíamos de frío. Pero eso era justamente el objetivo del viaje, queríamos sentir frío para fortalecer los nervios. Más arriba de esas vertientes se elevan de nuevo las montañas, cada vez más y más, hasta llegar a la cordillera de nieves perpetuas <sup>23</sup>

Conforme pasan los días se adapta más y más a este descanso climático con un gozo que le permite adaptarse a las incomodidades de la vida pueblerina cuya sencillez supera, a un mismo tiempo, las demandas de la ciudadana Maracaibo. En una oportunidad la hija de sus anfitriones en Betijoque se despidió en la noche diciendo “que tenía que ir a hacerse un nuevo traje, para usarlo al día siguiente, a las 6 de la mañana, para ir a la misa con motivo de una gran fiesta parroquial”.

---

<sup>22</sup> *Idem*, p. 96-97

<sup>23</sup> *Idem*, p. 100-101

Comenta Elizabeth Gross con su mirada de mujer, y de paso deja constancia de los hábitos de Maracaibo en el vestir:

Como el traje ni siquiera había sido cortado, naturalmente yo sentía mucha curiosidad por ver ese vestido y por eso le pedí que fuera a nuestra casa, trajeada con el mismo, después de la misa. Así lo hizo... Ese era su vestido de fiesta, confeccionado en tres horas, con el cual ella se sentía hermosísima. Naturalmente la admiré mucho y alabé su arte y pensaba para mis adentros: qué bueno sería tener tan modestas exigencias en Maracaibo, donde tengo que coser yo misma la ropa para mí y para mis hijos. Allí reina un lujo europeo y lo menos que necesito son cuatro días para hacerme un vestido <sup>24</sup>

Como parte de sus recorridos la familia Gross organizó una visita a Trujillo, capital del estado de ese nombre. En esta travesía Elizabeth tuvo la oportunidad de visitar una hacienda del producto agrícola que durante décadas había animado la vida comercial de la costa caribeña y de la región andina: el café. La descripción resume los dos modos de vida que convivieron durante siglos en torno a la actividad agroexportadora caribeña cuyo engranaje realizaban las firmas comerciales establecidas en Maracaibo:

Entonces, por primera vez ví una verdadera hacienda de café. Altos y frondosos naranjos daban sombra a las matas de café. Precisamente era tiempo de cosecha. Había mujeres y niños en tal cantidad que parecían hormigas, recolectando los frutos rojos para llevarlos al secadero. Una vez que el sol seca su pulpa, quedan dos granos de café unidos en el centro por sus lados planos. Así llegan al comercio. Solamente se lavan los de calidad superior. Entonces se ensacan y se cargan los sacos sobre las mulas, uno a la izquierda y otro a la derecha. Y así salen, a menudo de diez a quince mulas, hacia la costa <sup>25</sup>

Con este idílico recuerdo regresa Elizabeth Gross a Maracaibo, donde la espera la acostumbrada cotidianidad.

### **La desconcertante vuelta a la patria**

En 1889, seis después de su llegada a Maracaibo, la familia Gross decide realizar otro viaje, Esta vez será a Alemania, de recreo y reencuentro familiar. Al respecto, Elizabeth

---

<sup>24</sup> *Idem.*, p. 102

<sup>25</sup> *Idem.*, p.106-109

da cuenta en carta a su amiga Constanza de los preparativos que realiza; su interior se debate entre la emoción del regreso a la patria y el temor del encuentro con la misma:

Ahora estoy cosiendo ropa para el invierno, vestidos, abrigos, chales y ropa interior de lana para los niños... No puedes imaginarte cuanto me alegro de poder ir a la patria, después de seis años de ausencia y de poder llevar nuestros tres niños a la familia. Me pregunto cuál será el comportamiento de mi madre como abuela. Mis hijos son sus únicos nietos... ¿Cómo estará la querida y cara patria? A veces también siento algo de temor. Seis años son mucho tiempo y hemos cambiado muchísimo, eso lo sé<sup>26</sup>

Una vez embarcados en Maracaibo, Elizabeth describe los pormenores de la travesía en barco por el Caribe rumbo a Nueva York de donde se embarcarán para seguir hacia Hamburgo. Resulta una delicia seguirla en las distintas emociones que experimenta en el trayecto:

Primero viajamos a Curazao, luego atracamos en Puerto Cabello y después en La Guaira, sitios todos que me son bien conocidos. En todos esos puertos tomamos carga y pasajero y ahora nos dirigimos completamente en dirección al Norte. Hace bastante frío y cada día tengo que poner una pieza más de ropa de lana a los niños. Al final tendrá que usar cada uno dos camisetas y dos pantaloncitos. Nosotros, gente del trópico, en verdad somos sensibles al frío<sup>27</sup>

**“Gente del trópico”.** Ya no es una alemana quien regresa a su lugar de origen. Su estadía en el caribe maracaibero, la estrecha convivencia con sus modos de vida, han hecho mella en su más profundo sentir sobre el lugar de pertenencia. Al llegar a Hamburgo tiene un desahogo aún mayor cuando anota en otra de sus cartas: “¡Ay mi querida amiga! Ahora estamos de nuevo en la patria, pero no realmente. Ya no es mi tierra. Mi aprehensión se ha confirmado. Me he desacostumbrado de la patria y me he vuelto extraña a ella”.<sup>28</sup>

---

<sup>26</sup> *Idem.*, p. 132

<sup>27</sup> *Idem.*, p.134

<sup>28</sup> *Idem.*, p.135

Durante la estadía por tierras alemanas visita a los familiares. En casa de una de las cuñadas cuyos hijos tienen la misma edad que los suyos, Elizabeth vive una primera dura experiencia:

... Es verdad que el primer día dijo que nuestros niños eran demasiado salvajes en comparación con los suyos. Pero ella estaba equivocada, ya que los nuestros jugaban, por primera vez en su vida, con niños extraños y no entendían ni una palabra en alemán. Los cuatro niños, entonces, solamente podían expresar su alegría por medio de gritos y carreras lo cual excitaba a unos y a otros.

Los alemanes pensaban que como habíamos vivido con los salvajes, tanto nosotros, como nuestros niños, nos habíamos convertido en salvajes. Pero nosotros no lo tomamos a mal y ellos, con el tiempo, se han encariñado con nuestros hijos<sup>29</sup>

Era parte del alto precio de vivir en la diáspora. No sólo sufrían por el sentimiento de haber perdido la identificación con su patria; ahora se sumaba la incomprensión hasta de sus familiares más allegados quienes los consideraban como seres extraños llegados de un mundo perdido en las nebulosas de una barbarie deleznable. Se repetía para Elizabeth la dura experiencia de su llegada a Maracaibo pero a la inversa. Fueron estas escenas la más clara expresión del encuentro de dos representaciones sociales antagónicas: el mundo tradicional del imaginario europeo y la construcción en marcha de un proceso de adaptación a los modos de vida del trópico caribeño.

### **El regreso a la nueva patria**

Luego de algunos meses de recorrido por diversos lugares de Alemania y de Europa, los Gross regresaron a Maracaibo. Elizabeth confiesa a su amiga Constanza:

No te he vuelto a escribir durante un largo tiempo. La vida ha transcurrido demasiado agitada como para tener tiempo para escribirte. Los meses volaron en Europa y ahora estamos otra vez aquí y sudamos, si me perdonas que te lo diga. El calor me parece ahora mucho más insoportable que antes de nuestro viaje a Europa. Pero, seguramente que nos volveremos a acostumbrar<sup>30</sup>

---

<sup>29</sup> *Idem.*, p. 139-140

<sup>30</sup> *Idem.*, p. 145

Encuentra novedades a su regreso. A fines de 1888 se había establecido en la ciudad la “Compañía de Luz Eléctrica de Maracaibo”, primera en Venezuela. Durante meses, en forma progresiva y a pesar de las dificultades en cuanto a instalación y servicio, se había ido extendiendo su beneficio hacia áreas públicas, comerciales y privadas. Al respecto, a su regreso a Maracaibo a mediados de 1890 Elizabeth Gross escribe con asombro:

Tengo que contarte rápidamente que el 31 de diciembre dimos un gran baile. Para esta fiesta nos instalaron la luz eléctrica dentro de la casa. Ya llegó aquí la luz eléctrica también. Cuando obscureció y yo la encendí era tal la claridad que, después de una media hora, tuve que usar un gran sombrero, como protección, dentro de las habitaciones pues me dio un fuerte dolor de cabeza. La iluminación era increíblemente bella. Todos lucíamos completamente diferentes que a la luz de las tristes lámparas de petróleo <sup>31</sup>

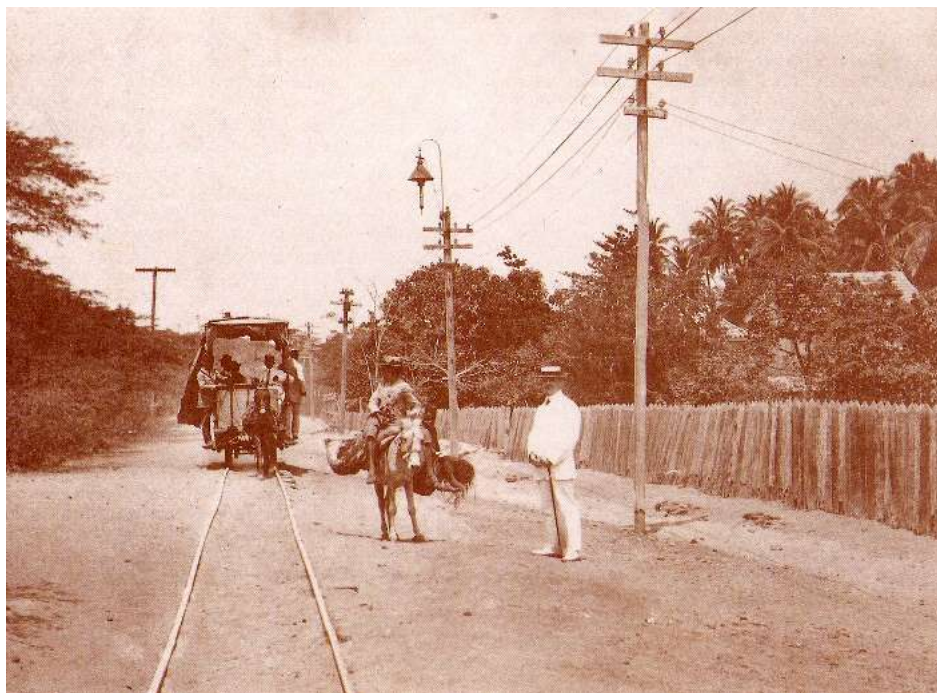
Un año después, se presenta para la familia Gross la posibilidad de abandonar su residencia en las instalaciones de la Casa Blohm y adquirir una propiedad en la zona de los Haticos a orillas de la playa que da frente al puerto de Maracaibo. Entusiasmada, escribe Elizabeth:

Hemos encontrado la tan ansiada casa de campo. Realmente nos era muy necesaria, ya que nuestra querida Mulle constantemente es motivo de preocupación para nosotros. Decididamente no soporta el clima. Siempre le dan ataques de fiebre y sufre de horribles furúnculos en la nuca, de modo que la pequeña, a veces, no puede permanecer acostada... Encontramos una bellísima propiedad afuera en la Ranchería. Para llegar hasta allá había que montar a caballo, durante una hora, por la vía de los Haticos... Rodolfo y el señor von Jess... lograron empero, con la Compañía de Acciones del Tranvía de Caballos que el tranvía llegue ahora hasta delante mismo de nuestro jardín. <sup>32</sup>

---

<sup>31</sup> *Idem.*, p. 149

<sup>32</sup> *Idem.*, p. 154



Tranvía de los Haticos (circa 1880)

La propiedad comprada era “un lote de terreno de unos 200 metros de largo por otros tantos de ancho, con una espantosa casa”:

El terreno, en toda su extensión, da a una playa de arena blanca. Allí rompen las olas y se escucha su sonido todo el día. Del agua hacia arriba, la mitad del terreno está sembrada de matas de coco, muy juntas unas de otras, la otra mitad es un miserable desierto de arena, del cual debo hacer un jardín <sup>33</sup>

Como en Maracaibo no hay arquitectos, el matrimonio Gross dedica varias noches a dibujar el plano del futuro hogar y en base a él hacen la demarcación del terreno. Elizabeth relata así cómo “un hombre que entendía de construcción” procedió a levantar la casa de la Ranchería; constituyen estas líneas una de las pocas detalladas descripciones con que se cuenta para conocer las habilidades de los albañiles de la época:

A los ocho días volvimos allá y no encontramos otros preparativos que un montón de tejas rojas de modo que, espontáneamente, le pregunté al hombre en

---

<sup>33</sup> *Idem.*, p. 156



una forma risueña si él pensaba empezar la casa por el techo. Pero él me contestó que, de momento, consiguió las tejas muy baratas. Cuando regresamos de nuevo, al cabo de cuatro semanas, encontramos la casa ya construida y con el techo ya puesto. Esto aquí se hace muy rápidamente. A una distancia de un metro colocan los postes, aproximadamente a una profundidad de medio metro en la tierra, entonces unen todos los postes de ambos lados con caña amarga y rellenan el espacio intermedio con barro y piedras, dejando libres los sitios para puertas y ventanas. La casa así construida solamente puede estar a nivel del terreno y, por causa de los terremotos, no suelen poner un segundo piso <sup>34</sup>

Esta era la distribución funcional de su nueva casa:

Es completamente distinta de las casas europeas. Ya te dije que está al ras de la arena. Posee una construcción central... y dos alas laterales. A derecha e izquierda de la parte central hay, de cada lado, cuartos de huéspedes y a todo lo ancho de la casa hay una sala grande. Detrás de ésta está el comedor en el cual, sin embargo, nunca comemos. A la derecha del comedor hay una pequeña despensa y después viene una, así llamada, ala de trabajo, en la cual está la cocina y otros cuartos necesarios. Delante de la cocina hay una gran terraza techada. A la izquierda del comedor quedan el cuarto de costura, una habitación grande para los niños y nuestro dormitorio, también con una gran terraza techada, en la cual nos sentamos por las noches en nuestros mecedores. Ambas alas tienen el mismo tamaño, de manera que la casa es de forma simétrica...

En medio de las dos alas laterales y completamente independiente de la casa hay una gran pérgola o sea, una construcción con un techo de paja, que se apoya sobre muchos postes. Debido a este tipo de techo, es el sitio más fresco de la casa y es allí donde hacemos las comidas. El viento sopla fuertemente a través de esta pérgola <sup>35</sup>

La experiencia de habitar frente al Lago de Maracaibo permite a esta acuciosa alemanamaracaibera hacer detalladas observaciones sobre los cambios climatológicos que se experimentan en esta área del Caribe:

Las ventanas son una especie de celosías que tampoco se cierran, excepto cuando se aproxima un chubasco. Este es una tormenta terrible. Cuando yo estaba recién mudada cayó un chubasco así. La temperatura bajó de repente a 19 grados Réaumur [23.75 °C]. Yo cerré todos los postigos de las ventanas, me puse mi gruesa bata alemana y me acosté en mi cama, cubriéndome con una cobija de lana y, sin embargo, tenía un frío espantoso.

---

<sup>34</sup> *Idem.*, p. 157-158

<sup>35</sup> *Idem.*, p. 160-161

Normalmente la temperatura oscila un máximo de 5 grados. Todo el año tenemos, durante el día, entre 25 y 27 grados Réaumur [31.25 y 33.75 °C] y por las noches, tal vez durante la época de lluvias baja a 21 ó 22 grados [26.25 ó 27.5 °C]. Esto es agotador...<sup>36</sup>



“Ranchería de los Haticos” (circa 1890)

Los rigores del clima son atenuados por baños en el Lago. Durante estos años está de moda que cada propiedad de los alemanes ubicada frente a la playa posea una caseta de baño al final de una corta “planchada” o muelle donde se levanta un molino de viento para extraer agua del Lago y llevarla a las casas. El muelle les sirve de embarcadero para las lanchas, en las cuales hacen deportes marinos o pescan, y la caseta ofrece privacidad a los bañistas para cambiarse de ropa. Así describe Elizabeth esta novedad:

Afuera en la playa una larga pasarela conduce hasta nuestra caseta de baños. A diario estalla allí una gran alegría y felicidad cuando me baño con mis hijos. Se usan largos camisones de baño, hechos de tela de algodón, que se pone muy pesado cuando se moja. Mamá entra primero en el agua para decir si está fría y húmeda. Después de que, con toda seriedad les asegura que ninguna de las dos cosas es cierta, entonces los niños cautelosamente, uno detrás del otro, bajan la

---

<sup>36</sup> *Idem.*, p. 161

escalera y prueban el agua con el dedo grande del pie... En el camisón de baño de mamá se capturan toda clase de pequeños, atractivos y brillantes pececillos <sup>37</sup>



“Caseta de baño” (circa 1890)

La cotidianidad transcurre para Elizabeth y su familia sin mayores sobresaltos en la Ranchería de los Haticos. Buena parte del tiempo que no le ocupa la atención del hogar y de los niños lo dedica a convertir el desierto de arena que rodea a la casa en un jardín y a crear áreas dedicadas al autoabastecimiento familiar que reflejan su adaptación al modo de vida local:

Hemos construido ya un simpático gallinero y corral de patos con un estanque de agua corriente para éstos. También tenemos un espacio grande, bien cercado, para los burros. Estos los necesitamos para las diligencias en la ciudad. Hace poco compré también dos cochinas pequeñas... Cuando hayan engordado se matarán y se venderán en la vecindad. Debido a la alta temperatura, todo el cochino debe consumirse el mismo día que se mate... Toda esta molestia nos la tomamos para obtener manteca de cochino, que aquí no se puede comprar. También nos gusta comer, de vez en cuando, un trozo de carne de cochino, pero

---

<sup>37</sup> *Idem.*, p. 162

solamente de nuestros propios animales. No se puede comer la carne de cochino comprada, pues aquí los animales, igual como los perros, andan por la calle y comen toda clase de porquerías <sup>38</sup>

Regularmente, los domingos la familia Gross recibe la visita de los jóvenes alemanes que residen y trabajan en la Casa Blohm. Elizabeth los atiende a lo largo del día y les cocina recordando los años en que se desempeñó como ama de casa. Pero antes de su llegada dedica un tiempo a cumplir sus compromisos religiosos:

En la mañana temprano, cuando todavía es fresca la temperatura y Rodolfo y yo aún estamos solos, nos sentamos en la playa debajo de nuestras palmeras. Sus coronas se abren por sobre nuestras cabezas formando un techo muy alto y entonces decimos: “Esta es nuestra iglesia”. Allá tenemos nuestro servicio, ya que Rodolfo no quiere que yo frecuente la iglesia católica. En nuestra casa natural de Dios nos sentimos tan felices y agradecidos por todo lo que tenemos, por nuestra querida muchachada y nuestra bonita propiedad <sup>39</sup>

A mediados de 1893, la familia Gross viajó de nuevo a Europa vía Nueva York como era lo usual. Uno de los propósitos del viaje consistió en visitar la Feria Mundial de Chicago y conocer las cataratas del Niágara. <sup>40</sup>

---

<sup>38</sup> *Id.*, p. 164

<sup>39</sup> *Id.*, p. 167

<sup>40</sup> *Id.*, p. 172-179



Exposición Universal de Chicago (1893)

En relación con la Feria escribe Elizabeth:

La mayor parte de la exposición estaba aún en proceso de montaje. Fue inaugurada el 1° de mayo y por supuesto que, a finales de ese mes, aún no estaba terminada en todos sus detalles. Pero nosotros no lo notamos mucho. Solamente una vez vimos, frente a uno de los pabellones de la feria, muchos vagones de ferrocarril montados sobre rieles, los cuales eran descargados. Cuando volvimos al siguiente día, allí no había ni rieles ni vagones sino, en su lugar, un césped maravilloso. Miramos como lo estaban colocando frente a otras edificaciones. Tenían grandes vagones llenos de césped enrollado, como si fuera papel de periódico. Lo desenrollaban, le pasaban por encima una apisonadora, lo regaban y queda ya listo. ¡Muy americano!<sup>41</sup>

Luego de varios días en Hamburgo, le escribe a su amiga Constanza: “Ya siento nostalgia por mi querida Maracaibo. Viajar por todas partes es muy bonito por un tiempo, pero muy pronto uno se cansa y ansía las actividades del propio hogar. ¿Cómo estará nuestra bonita Ranchería?”<sup>42</sup>

---

<sup>41</sup> *Idem*, p. 175

<sup>42</sup> *Idem.*, p.181

Año y medio después de su partida regresó la familia Gross a Maracaibo. Rodolfo Gross había enfrentado serios problemas de salud durante su estancia en Alemania. Elizabeth se alarmó de tal modo que narra en una de sus cartas:

En consecuencia le pedí a los señores Blohm que, en caso de que mi esposo volviera a enfermarse allá en Maracaibo, pudiera regresar con él enseguida a la patria definitivamente. Los señores de Hamburgo no se opusieron ya que siempre hay jóvenes que esperan ansiosamente que los viejos se retiren. Rodolfo quería salir nuevamente por tres años, al cabo de los cuales habría cumplido 25 años en Maracaibo. Veremos si esto es posible <sup>43</sup>

Recién llegados a Maracaibo, Rodolfo enferma de disentería, lo cual hace pensar a Elizabeth en lo acertado de su conversación en Hamburgo con los dueños de la Casa Blohm. La de enfermedades que se suceden en el seno de la familia y de quienes están a su servicio crea el clima para considerar cada vez más conveniente un pronto regreso a Alemania.



Las familias Gross y Baumann en la Rancharía de los Haticos

---

<sup>43</sup> *Idem.*, p. 184

Mientras se toman las decisiones del caso, la familia Gross disfruta los domingos de los deleites que les brinda su cada vez más acogedora casa de campo con sus invitados de costumbre, los jóvenes alemanes empleados en la Casa Blohm entre otros. La pesca de tiburones que merodean la caseta de baños es uno de los más arriesgados:

En realidad es el deporte más reciente de nuestros jóvenes... Por la mañana temprano, pescan con un pequeño anzuelo algunos peces chiquitos, de los llamados bagres. Los caballeros colocan éstos en un anzuelo grande que está fijado a una larga y firme cuerda. Luego salen con el bote, echan el anzuelo mar afuera y fijan la cuerda con un lazo en tierra. Cuando hay un tirón en este lazo, significa que ha mordido un tiburón. Entonces halan entre tres y cuatro hombres. A veces el tiburón tiene dos metros de largo...

No teníamos idea de que cerca de nuestra caseta de baños hubiera tiburones. Los jardineros los veían desde arriba del molino de viento. Seguramente aparecieron cuando se estableció un matadero en Maracaibo, cuyos desperdicios van a parar al mar<sup>44</sup>

Elizabeth se las ha arreglado para introducir variantes en los almuerzos dominicales:

Con mortero, una espátula y con mis propias manos me he construido bajo las palmeras en la playa, un horno para ahumar y allí ahumo mis pescados. Es algo muy idílico. Yo me siento con una hoja de palma en la mano, para sofocar las posibles llamas y, mientras tanto, leo un buen libro. Yo los ahumo usando como combustible conchas de coco verde y esto me toma aproximadamente dos horas. Todo lo hago según mi imaginación, pues jamás he presenciado cómo es el proceso de ahumar. Pero, los domingos en la mañana, durante el almuerzo, los jóvenes se abalanzan sobre los pescados ahumados, como si fueran los más exquisitos arenques de Kiel<sup>45</sup>

Después de almorzar,

los caballeros duermen la siesta en nuestro cobertizo-escuela, bajo las palmeras, al aire libre... hay una carrera para ver quien agarra un chinchorro.

En una mañana de domingo cualquiera, primero hacen tiro al blanco y muchas veces yo, gracias a mi mano tranquila y segura, doy en el blanco muchas veces, mejor que algunos de los jóvenes, quienes han hecho su servicio militar...<sup>46</sup>

---

<sup>44</sup> *Idem.*, p. 195

<sup>45</sup> *Idem.*, p.196

<sup>46</sup> *Ibidem.*



Tiro al blanco (circa 1890)

En carta del 26 de enero de 1896, escribe Elizabeth: “La salud de Rodolfo nos causa muchas preocupaciones, decididamente él ya no soporta el clima”.<sup>47</sup> Y en la siguiente de 27 de mayo: “

Ahora se confirmó lo que habíamos temido. Rodolfo tiene que irse de aquí. Nuevamente tuvo un ataque de Malaria. El médico le dijo que ya no tenía fuerza de resistencia contra el clima de aquí y que si le afectara algo grave, él dudaba que pudiera superarlo...

Rodolfo está sumamente deprimido, pero lo comprendo. A él le hubiera gustado permanecer todavía un año más aquí, pero ahora sí ha escrito a Hamburgo para pedir a los señores de allá que permitan retirarse de la firma por razones de salud. Tenemos entonces que prepararnos para la despedida final. Va a ser sumamente difícil para ambos, tanto para él como para mí. Rodolfo quiere hacer todavía un corto viaje al interior para despedirse de sus amigos y espera que el cabalgar y el aire fresco le hagan bien<sup>48</sup>

---

<sup>47</sup> *Idem.*, p. 197

<sup>48</sup> *Idem.*, p. 200



Las cartas que continúan y finalizan este epistolario caribeño están llenas de sentimientos encontrados: el dolor de quien una vez más se despide de la nueva patria que la había acogido durante largo tiempo y la incertidumbre de un regreso forzado a su Alemania natal:

Ahora es necesario despedirse de todo lo que hemos llegado a querer y valorar durante todos estos años y también de nuestros queridos amigos, con quienes hemos convivido como en una gran familia... De todo ello tenemos que prescindir ahora, abandonar nuestra maravillosa Ranchería, sin saber lo que va a ser de nosotros. Lo viejo se termina y no hay nada nuevo todavía. Es un raro sentimiento...

... El 8 de julio cuando embarquemos, yo habré pasado aquí trece años y un día y experimentado muchísima felicidad y alegría. No han faltado lo grave y lo triste, pero el saldo ha sido enormemente favorable a los momentos felices.

Así que partimos entonces dando nuestras más íntimas gracias por todo lo bueno y lo bonito que hemos podido disfrutar aquí. ¡Ojalá que a todos aquellos que tengan que venir aquí, después de nosotros, les vaya igual de bien!<sup>49</sup>

Elizabeth experimenta un nuevo desarraigo. Este desahogo condensa con qué fuerza y esfuerzos logró durante su prolongada estancia en aquel retazo de Caribe identificarse con su modo de vida.

Su última carta, enviada desde Caracas, cierra definitivamente el círculo de la diáspora:

Ya todo ha quedado atrás. Hemos sido arrancados de nuestra acostumbrada vida. La despedida de Maracaibo fue indescriptiblemente difícil...

El 8, muy temprano por la mañana, tuvimos que abandonar la muy querida Ranchería... Rodolfo se ocupó de todos los arreglos de afuera y Fehling y yo cerramos la casa. En cada puerta se me hizo más difícil y, cuando por fin todos los niños y la gente habían salido y yo misma tranquilé el portón principal, yo me sentí como si me estuvieran sacando en una urna. Había terminado todo.<sup>50</sup>

---

<sup>49</sup> *Idem.*, p. 201-202

<sup>50</sup> *Idem.*, p. 202